



Ya se ve: si los filósofos toman el asunto para tema de sus meditaciones... públicas, lo pondrán desconocido á fuerza de abstracciones, distingos, metáforas y el demonio. Y que no es eso lo que se necesita, harto demostrado se tiene por el mismo vicio objeto de aquellas lucubraciones, cuyo incremento espantoso (frase hecha) constituye un peligro para... la moral. Gírfala el consabido filósofo, aunque en el fondo no exista quien se proponga hacerle daño.

Estoy por creer, tanto se habla de ello, que si el estado no fomentase el juego en la forma ambigua que todos conocemos, sería peor para él, pues aparte de lo poco que le importaría al mundo su prohibición, se le haría más grave cuanto más clandestino; de donde deduzco que si ya es malo con la sanción de la autoridad, sería calamitoso á sus espaldas y á hurtadillas.

Lo principal, señores, es que el juego no hace la fortuna de nadie, que yo sepa, y es así cómo puede observarse que todo el género humano se dedica á él apasionadamente. Porque presumo, ó yo no entiendo de estos negocios, que si el bienestar, el lujo, la tranquilidad y otras menudencias fuesen el resultado de aquellos lances, poquito á poco cesaría la afición y empezaría la indiferencia, aunque más no sea por lo de que el diablo, harto de carne, se mete á predicador.

Los periódicos sacan de tarde en tarde á colación estadísticas de lo que se invierte en el juego de las carreras, por ejemplo, y acompañan sus cuadros con comentarios sumamente moralizadores. Lo cual, con perdón de los periódicos, me hace mucha gracia, y no tengo por qué explicarme.

Mientras tanto, la gente anda ocupadísima en resolver el problema de tanta reunión como le brindan las instituciones hípias de primera, segunda y tercera clase, con cuyo motivo se suceden las escenas íntimas del género que voy á relatar.

Don Manuel, en el comedor de su casa, examina con detención un programa de carreras para el día siguiente, que es domingo.

Conocedor, según él, de las condiciones de cada ejemplar del más noble de los brutos, discurre la manera de jugar á cierto producto hermosa tan bueno siempre, según él, como mañoso.

La señora, que está en el comedor ataviándose para ir á un teatro por secciones, lanza una exclamación:

—¡Manuel... no puedo ponerme el corsé! ¡Acaban de cortárseme las cintas!

—Siempre pasa lo mismo con esta yegua —murmura aqul sin oír á su esposa.— Sin embargo, permiten que corra. ¿Quién sabe?

—¡Que perdamos la primera, Manuel! ¡— vuelve á vociferar la dama, furiosa.— Eso no es nada si en la segunda dejan tomar punta á este mar —según a secun-

## MORALCEMOS

llando el carrerista sin parar mientes en los alaridos de aquélla. La cual, furiosa, se asoma y apostrofa al distraído:

—¡Estás más sordo que un adoquín! ¿Así piensas tú sacarle el jugo al programa?

—En verdad, querida, que las dos pimeras están un poco difíciles.

—¿Qué dices, hombre, qué dices? ¿Dónde qué programa me hablas?

El caballero vuelve en sí, guarda el pelo y pelorio aquel, y rojo de vergüenza, se pone á disposición de la consorte, cuyo enojo le asusta.

De la tal debilidad adolece una gran parte de la humanidad, que incapaz de descubrir lo caprichoso que es la fortuna, corre tras ella engañada por el espejismo de sus promesas. Y pienso con horror que si en este país existiese la prisión por deudas, muchos de los hombres á quienes vemos á diario sonrientes ó meditabundos, estarían á la sombra, purgando de lito, á los que probablemente no serían extraño el famoso vicio objeto de las disertaciones del filósofo de marras y de periodista de autos.

La insistencia pueril en sacar provecho del juego, me recuerda el lance de aquel borracho (lo he leído) que habiendo ido á visitar un museo de figuras de cera, el que se exhibían al desnudo los estragos producidos por el alcohol, exclamaba dirigiéndose á un compañero:

—Oye... vámonos á tomar algo: este espectáculo me ha reuelto el estómago.

De los tumbos que da el presupuesto casero donde el marido, la mujer y hasta los chicos encuentran agradable haber de lo mucho que se propende á la depredación de la raza caballara, mejor es no decir nada, porque además del tiempo, que es corto, está el asunto, que es largo.

Porque lo interesante de ésta, que sé si podrá llamarse pasión, es el curso que suele prestarle la mujer, por pretexto puede ser la exhibición de costosas vestimentas ó gallardos cuerpos, obstante lo cual, más de una vez se paliécer sus rostros ó fulgurar sus miradas, con toda la intensidad que imprimen la ira ó el contento.

Es el caso que no siendo yo moralista, Perdón... se acaba la página.

PATER